

También encontramos temas ornamentales cristianos, como la cruz y el pez, y en una serie de placas descubiertas en la región burgundia vemos representado á Daniel entre dos leones; pero la ejecución de estos adornos es en extremo bárbara. Las iglesias poseían cálices, vasos sagrados, relicarios, coronas votivas y coberturas de evangelarios, ofreciendo muchos de estos objetos muestras de la vidriería alveolada (*opus inclusorium*), que consiste en engastar pedacitos de cristal ó granates en alvéolos de oro, en los cuales se aplasta luego el metal ligeramente. También se practica el arte del esmalte: unas veces el artista forma en un fondo de oro y por medio de laminillas de este mismo metal unos alvéolos en los que vierte polvos de esmalte de diversos colores que el fuego solidifica; en otros casos talla el metal con el buril trazando en él, en hueco, el contorno de los objetos que quiere representar, y llenándolo de esmalte y someténdolo, como en el otro procedimiento, á la cocción. Estos últimos son los esmaltes rebajados, es decir, aquellos en los cuales el fondo y el campo han sido tallados.

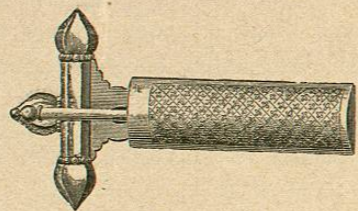
Este arte, hecho para deslumbrar, era muy apreciado por los reyes merovingios. Gregorio de Tours refiere que Chilperico, mostrándole un plato de oro de 50 libras, le dijo: «Lo he mandado hacer para dar esplendor al pueblo de los francos, y si Dios me da vida, haré muchos más.» En París, los joyeros tenían sus tiendas en la plaza, delante de la catedral. El más célebre de ellos fué San Eloy (1): nacido cerca de Limoges en 588, fué discípulo de Abbón, joyero lemosín, entró en

(1) Véase la *Vita sancti Eligii*, atribuida á San Ouen, y C. de Linas, *Les Oeuvres de Saint-Eloi et la verrerie cloisonnée*, 1864; artículos de Bapst en la «Revue archéologique», tercera serie, to-

el servicio de Clotario II y después en el de Dagoberto, trabajó en las tumbas de San Germán, Santa Genoveva, San Dionisio y San Martín, fué obispo de Noyón y murió hacia el año 665. Es imposible emitir juicio sobre la veintena de piezas que la tradición le atribuye y entre las cuales figuran el sillón de bronce dorado llamado de Dagoberto, que se conserva en la Biblioteca nacional, el cáliz de Chelles, la cruz y la copa de jade de San Dionisio, pues, según parece, en la Edad media se designaron con el nombre de «obras de San Eloy» todas las obras bellas de orfebrería antigua. Pero lo que sí está fuera de duda es que la orfebrería merovingia no constituye un arte nuevo ni aislado, sino que se relaciona con la orfebrería bárbara cuyos procedimientos continúa, habiéndose encontrado acá y allá, fuera de la Galia, objetos semejantes á los por ella producidos; muchos de los temas por la misma empleados son de origen asiático y sobre todo persa, y fueron traídos por los bárbaros en el curso de sus largas emigraciones.

En resumen, todo se descompone en la época merovingia, mírese ésta desde el punto de vista que se quiera: la civilización antigua se ha derrumbado; pero sobre sus ruinas no se ve todavía elevarse una civilización nueva. La Iglesia, cuya acción había parecido en un principio tan poderosa, se desorganiza en el siglo VIII al par de la sociedad que la rodea; las sombras de la noche oscurecen cada vez más las inteligencias á medida que las instituciones políticas se debilitan y que se desencadena la violencia.

mos VII y VIII, 1886; Em. Molinier, *Histoire des Arts appliqués à l'industrie*, tomo IV, págs. 18 y siguientes, con abundantes notas bibliográficas.



Broche de oro, procedente de la tumba de Chilperico I

LIBRO TERCERO

LOS CARLOVINGIOS (1)

CAPÍTULO PRIMERO

CARLOS MARTEL Y PIPINO «EL BREVE» (2)

I. Guerras y conquistas de Carlos Martel.—II. Conversión de la Germania. San Bonifacio.—III. Reorganización y reforma de la Iglesia.—IV. Advenimiento de los Carolingios. Reinado de Pipino el Breve.

I.—Guerras y conquistas de Carlos Martel

A la muerte de Pipino II viéronse comprometidos nuevamente el orden de cosas por él establecido y la fortuna de su familia. Sus nietos y sucesores, Teodebaldo, Arnul y Hugo, eran unos niños todavía (3), y su viuda Plectrudis gobernó en nombre de ellos á los neustrios y á los austrasios; pero la Neustria, que tenía por mayordomo del palacio á Teodebaldo y que no había renunciado á la reconquista de su independencia, se sublevó en 715. Los partidarios de Teodebaldo fueron derrotados en la selva de Cuisse, y desde entonces ya no se habla más del joven mayordomo del palacio, á quien los neustrios reemplazaron con uno de los suyos, Raganfredo, invadiendo entonces la Austrasia y aliándose con Radbod, duque de los frisones. Este ocupó la parte de Frisia que pertenecía á los francos,

(1) BIBLIOGRAFÍA.—FUENTES.—Los *anales, biografías, crónicas é historias* se encuentran en los *Monumenta Germanie historica* (serie en fóleo, *Scriptores*, tomos I y II) y en los *Scriptores rerum germanicarum in usum scholarum*; las *cartas y poesías* en los *Monumenta Germanie historica* (serie en 4.º). Los textos legislativos han sido coleccionados por Boretius y Krause, *Capitularia regum Francorum*. Respecto de la diplomática, véase Sickel, *Acta regum et imperatorum Karolinorum*, 1867; respecto de la cronología, Böhmér-Mühlbacher, *Die Regesten des Kaiserreichs unter der Karolingern*, segunda edición, 1899.

OBRAS DE CONSULTA.—Warnkönig y Gerard, *Histoire des Carolingiens*, 1862. Mühlbacher, *Deutsche Geschichte unter den Karolingern*, 1895. Richter y Kohl, *Annalen des fränkischen Reichs im Zeitalter der Karolinger*, Halle, 1885. Kleinclausz, *L'Empire carolingien, ses origines et ses transformations*, 1902.

(2) FUENTES.—La principal es la *Continuation, de Frédégaro* (edición Krusch, 1886), que tiene por inspiradores á Childerando, hermano de Carlos Martel, y á su hijo Nibelungo. Véanse también los últimos capítulos del *Liber historia* (edición Krusch, 1888), los *Annales Sancti Amandi, Tiliari*, y, aunque de menos valor, los *Annales laureshamenses, mosellani, mettenses* y la *Chronique de Moissac*.

OBRAS DE CONSULTA.—Warnkönig y Gerard, tomo I. Mühlbacher, *libro citado*. Breysig, *Jahrbücher des fränkischen Reiches*, 714-741, *Die Zeit Karl Martels*, 1869. Hahn, *Jahrbücher des fränkischen Reiches*, 741-752, 1863. Oelsner, *Jahrbücher des fränkischen Reiches, unter König Pippin*, 1871.

(3) Véase anteriormente, pág. 309.

expulsó á los sacerdotes, destruyó las iglesias y restauró el culto de los ídolos.

Hallábase el reino en aquel estado de desorganización cuando apareció el tercer hijo de Pipino, Carlos, nacido hacia el año 688 de una concubina, «la noble y bella Alpaída,» y al cual se le dió á mediados del siglo IX el sobrenombre de Martellus. «Era hermoso, valiente, propio para la guerra,» dice un cronista; y uno de los primeros actos de Gertrudis, á quien tal valor alarmaba, había sido encerrarlo en una cárcel.

En 715, Carlos se escapa de la prisión y junta en torno suyo á los más nobles austrasios; en marzo de 716 ataca á los frisones, que habían remontado el Rhin en barcas, mientras los neustrios avanzaban de nuevo hasta el Mosa, y es vencido por Radbod, pero á su vez derrota á los neustrios primero en Ambleve, cerca de Malmedy, y al año siguiente en Vincy, en la comarca de Cambrai (21 de marzo de 717). El rey Chilperico II, que acaba de suceder á Dagoberto III, y su mayordomo del palacio, Raganfredo, huyen hasta París perseguidos por los austrasios, y Plectrudis se ve obligada á tratar con Carlos y á entregarle sus tesoros. Carlos Martel, fiel á las tradiciones de los austrasios, se nombra un rey, Clotario IV, después de lo cual, reanudando por el lado de Germania la obra de su padre, devasta la Sajonia hasta el Weser.

En el entretanto, la Aquitania había poco á poco recobrado su autonomía (3); entre sus ciudades y las tribus de los vascones habíase establecido una especie de inteligencia, y en tiempo del duque Lupo, muerto en 764, se había organizado un vasto ducado en la cuenca del Garona. Gobernaba allí Eudes, cuyo origen sigue siendo obscuro (4), y á quien Chilperico y Raganfredo enviaron presentes, ofreciéndoles á cambio del apoyo que les prestara, reconocerle como rey de Aquitania. En 719, Eudes se reúne con los neustrios cerca de Soissons, pero Carlos corre á su encuentro y derrota á los aliados, y el duque de Aquitania huye al otro lado del Loira, llevándose consigo á Chilperico y sus tesoros. En lo sucesivo, el hijo de Pipino es dueño de la Neustria y de la Austrasia, y habiendo muerto Clotario, reconoce á Chilperico como rey; pero éste desaparece al año siguiente, y entonces los francos sacan del monasterio de Chelles á Thierry, hijo de Dagoberto III, y lo sientan en el trono.

Dando pruebas de gran energía, Carlos Martel abatió también á «los tiranos que en toda la Galia reivindicaban

(3) Véase anteriormente, pág. 304.

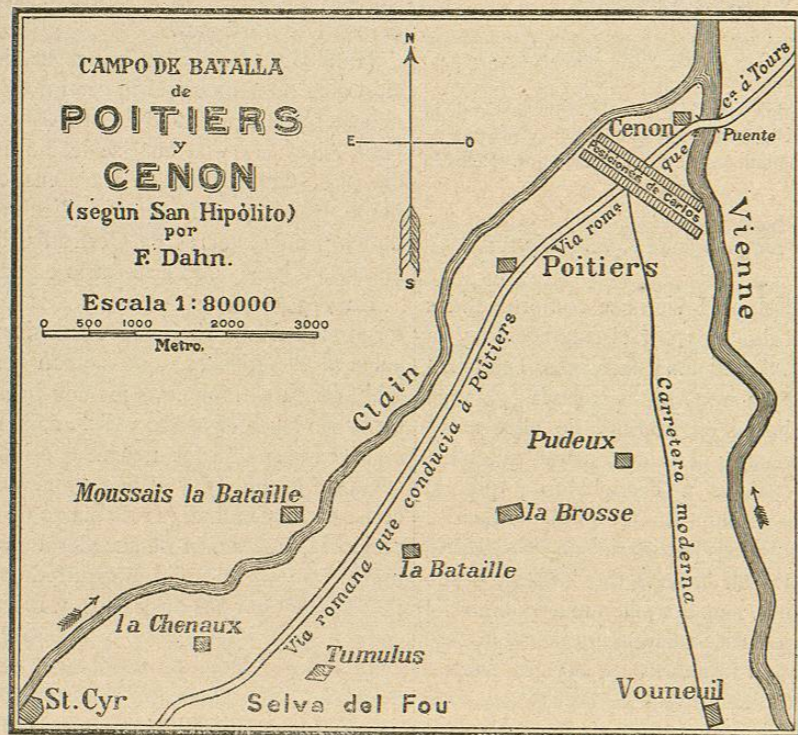
(4) Véase Bladé, *Eudes duc d'Aquitaine*.

ban la dominación.» Muerto Savarico, obispo de Auxerre, que había conquistado una parte de la Galia meridional y que había sido muerto por un rayo en el momento en que iba sobre Lyon, su sucesor Haimar había extendido «su poderío, dice un contemporáneo, hasta el punto de llegar á ser, por decirlo así, duque de toda la Borgoña.» Euquerio, obispo de Orleáns y sobrino de Savarico, trataba de crearse, como su tío, un principado. Carlos reconquistó la Borgoña, venciendo á los usurpadores de la misma, y reconstituyó la unidad de la Galia.

Quedaba en pie todavía la conquista de la Germania,

timania y se apoderó de Narbona, y al año siguiente Tolosa era atacada por los infieles. Eudes de Aquitania obligóles á retirarse, pero se quedaron en la región, desde donde sus hordas avanzaron hasta Nimes y se apoderaron de Carcasona, en tanto que otras remontaban el Ródano y el Saona y en 21 de agosto de 725 entraban á saco en Autún.

Durante este tiempo prosigue la guerra entre Eudes y Carlos, el cual devasta en dos ocasiones la Aquitania; Eudes, para defenderse de sus agresiones, llama en su auxilio á un emir del Norte de España, Otmán ben Abi Nessa, rebelado contra el nuevo valí Abd el-Rhamán,



pues las expediciones realizadas por los francos á aquel país eran simplemente razzias sin carácter decisivo. Desde 725 á 734, Carlos hizo dos campañas en Baviera, destituyó á Teutbaldo, duque de Alemania, devastó la Frisia, incendió los templos paganos y obligó á los rebeldes sajones á declararse una vez más tributarios suyos.

De pronto, empero, un peligro amenazó al reino franco (1). Los árabes habían pasado el estrecho de Gibraltar en 711 y tres años después eran dueños de casi toda España; sólo en el Norte, en la Cantabria, donde reinaba Pelayo, resistían aún los cristianos. El valí El-Haur, que gobernaba España en nombre del califa de Damasco, invadió en 720 la Sep-

(1) FUENTES.—Continuación de Fredegario. Pablo Diácono, *Histoire des lombards*, VI, 53-54; *Isidori Pacensis Chronicon*, 59, en Migne, «Patrologia latina», tomo XCVI, columna 1271.

OBRAS DE CONSULTA.—Reinaud, *Invasions des Sarrassins en France*, 1836. Fauriel, *Histoire de la Gaule méridionale*, tomo III, 1836. Dori, *De bellis Francorum cum Arabibus gestis usque ad obitum Karoli magni*, 1861. Mercier, *La bataille de Poitiers et les vraies causes du recul de l'invasion arabe*, «Revue historique», 1878. Zotenberg, *Les invasions des arabes en France, suivies d'une étude sur les invasions des Sarrassins dans le Languedoc, d'après les Manuscrits musulmans*, 1872.

y le da á su hija por esposa. En 732, Abd el-Rhamán, después de haber dado muerte á Abi Nessa, invade la Aquitania; Eudes es vencido, Burdeos ocupada é incendiadas sus iglesias. La tormenta se extiende luego á Poitiers, y la basílica de San Hilario, situada extramuros, es entregada á las llamas; pero la ciudad resiste. Abd el-Rhamán no se entretiene en ponerle sitio, sino que se dirige á Tours, la ciudad sagrada de la Galia cristiana.

Eudes se resigna á pedir ayuda á Carlos Martel, quien marcha contra los sarracenos (2), cuya vanguardia encuentra en Cenón, cerca de Poitiers, en la confluencia del Vienne y del Clain: durante siete días, cristianos y musulmanes guardan una actitud expectante, hasta que el sábado 17 de octubre trábase la batalla. Los soldados de Carlos fórmanse en apretadas masas: «Las gentes del Norte, dice un analista español, son una especie de muro inmóvil y helado por el frío;» la caballería sarracena se lanza contra este muro, pero la

(2) Los sarracenos eran un pueblo asiático establecido al Norte de la Arabia y cuyo nombre sirvió en Occidente para designar á los árabes ó de un modo más general á las naciones no cristianas de Oriente. Con esta doble acepción se emplea en la crónica llamada de Fredegario.

noche pone fin al combate. Al despuntar el día siguiente, los francos, viendo que las tiendas enemigas seguían alzadas en perfecto orden, se apercibían al ataque; sin embargo, los árabes habían huído favorecidos por la obscuridad: Abd el-Rhamán había perecido y los restos de su ejército regresaron al territorio musulmán.

La batalla de Poitiers constituye una fecha memorable de nuestra historia, y de su importancia diéronse perfecta cuenta los contemporáneos. Un cronista llama á los soldados francos «los europeos,» y efectivamente, en aquella jornada en que se decidió que la Galia no sería sarracena como España, los francos defendieron á Europa contra los asiáticos y los africanos. Al si-

en el sitio en donde el río Berre desemboca en los pantanos de Sigean, y los sarracenos emprenden la fuga. Ignóranse las causas que obligaron á Carlos á retirarse inmediatamente sin haber tomado Narbona; en su retirada, destruyó las fortificaciones de Agde, de Beziers y de Maguelone, y en Nimes incendió las puertas y las arenas, que seguramente servían de fortaleza á los sarracenos. «De modo, dice un contemporáneo, que después de haber vencido á sus enemigos bajo la dirección de Cristo que en todo le protege y le asegura la victoria, Carlos regresa á su país, en la tierra de los francos, sede de su poderío.»

En 739, los sarracenos tomaron de nuevo la ofensi-



Batalla de Poitiers. (Dibujo de Marold.)

guiente año, Abd el-Melek, sucesor de Abd el-Rhamán, que quería vengar la derrota del islamismo, fué hecho prisionero en las gargantas de los Pirineos.

En el entretanto, los árabes continuaban siendo dueños de la Septimania y trataban de extenderse por la Provenza, á cual efecto salieron de Narbona y se apoderaron de Arlés y de Aviñón (735). Una expedición de Carlos al valle del Ródano (736) no produjo resultados duraderos. «Los sarracenos devastaron con el hierro y con el fuego casi toda la Aquitania y otras provincias, saqueando horriblemente la Borgoña, quemando los monasterios, profanando los lugares sagrados y llevándose á España gran número de cautivos.» El estado del país favorecía á los infieles, pues la dominación franca, que nunca se había implantado en él sólidamente, había casi desaparecido, y poderosas familias habíanse creado principados y varios condes habían entrado en tratos con los sarracenos á fin de hacerse independientes de los francos.

En 737, un ejército mandado por el duque Childerando, otro bastardo de Pipino II, desciende por el valle del Ródano; Carlos se junta con él delante de Aviñón, se apodera de esta ciudad y se encamina á Narbona. Algunas tropas de socorro enviadas desde España desembarcan á siete millas de la plaza; los francos les salen al encuentro, trábase una batalla

va y de nuevo ocuparon Arlés. Entonces Carlos Martel hizo un llamamiento á los lombardos (1), pues entre ambos pueblos existía comunidad de intereses por haber los árabes penetrado ya en la Novalesa, aprendiendo poco á poco sus hordas el camino de Italia. Carlos envió á su hijo al rey Luitprando, quien adoptó al joven franco según los ritos germánicos. Cuando los lombardos llegaron al valle del Ródano, los sarracenos habían desaparecido. Carlos Martel penetró en Provenza, entró en Marsella y confiscó los bienes de los que habían hecho traición á la causa cristiana. «Damos, dice en un diploma, á Abbo Tarsia, hija de Honorio, nuestra liberta, los bienes de Riculfo (situados en el Delfinado y en Provenza), quien, infiel al reino franco, se alió con los sarracenos y tomó parte en sus depredaciones.»

Los sarracenos seguían ocupando Narbona, pero su invasión estaba contenida. Por otra parte, habíase secado la fuente de sus refuerzos: en efecto, las hordas de bereberes que, atravesando España, se arrojaban

(1) Los lombardos son el último gran pueblo germánico establecido en el territorio del antiguo Imperio romano. Instalados primeramente en las orillas del Oder, en el siglo VI sentaron sus reales en la Pannonia, donde destruyeron á sus vecinos los gépidos. En 568, al mando de su rey Albin, penetraron en Italia, fundando allí un reino cuya capital fué Pavia.

sobre la Galia, salían de Africa, especialmente del Mogreb; pues bien, poco tiempo después de la batalla de Poitiers estallaron disensiones religiosas en aquellas poblaciones recientemente convertidas al islamismo, las cuales realizaron en 740 un levantamiento que el gobernador de Kairnán no pudo dominar. Pro-
740 longóse la lucha durante años y las guerras de invasión quedaron abandonadas, pues si bien algunas hordas árabes todavía llevaron á cabo varias incursiones en el valle del Ródano, tales razzias no dieron por resultado ningún establecimiento fijo.

En Aquitania, Eudes había muerto en 735, habiéndole sucedido su hijo Hunaldo. Carlos exigió á éste el juramento de fidelidad, y ante su negativa á prestarlo, invadió sus dominios apoderándose de Burdeos y de Blaye. Restableciase, pues, la dominación franca así en el Mediodía como en el Norte de la Galia, pero no sin tener que luchar con terribles resistencias.

II.—Conversión de la Germania. San Bonifacio (1)

Carlos Martel, como sus predecesores (2), apoyó en Germania á las misiones cristianas, las cuales, tras una suspensión momentánea motivada por el desorden en que había caído la monarquía, habían reanudado su obra á fines del siglo VII. En 722, confirma en la posesión de la iglesia de Utrecht á Willibrord, «el arzobispo del pueblo de los frisonas,» y luego concede tierras á un noble frisón convertido, Vursingo, que llega á ser el auxiliar más activo de los misioneros y cuyo nieto Liudger terminará la conversión del país.

En Alemania (3), Carlos protege á Pirmín que ha acometido la empresa de extirpar las costumbres paganas, todavía existentes hasta entre los mismos fieles, y que en 724 funda el monasterio de Reichenau. Obligado á refugiarse en Alsacia, á consecuencia de la hostilidad del duque Teutbaldo, Pirmín organiza allí ó reforma numerosos conventos, tales como los de Murbach, Marmoutiers y Neuville. Un escrito de este misionero demuestra que el paganismo sobrevivía aún en aquel país: las piedras, los árboles, las fuentes, las encrucijadas eran todavía objeto de un culto, y en ellos colgaban los enfermos exvotos que representaban los miembros cuya curación querían obtener; además, se invocaban los nombres de las antiguas divinidades germánicas, como Freia y Holla. Pirmín combatió hábilmente las prácticas paganas, y la vida cris-

(1) FUENTES.—Vidas: de San Bonifacio, por Willibaldo; de Sturm, por Eigil; de Willibrord, por Alcuino (las dos primeras, muy importantes, en los *Monumenta Germaniae historica*, en 6.º tomo II). *Sancti Bonifatii et Lulli Epistola* (edición Dummler, 1891). *Codex carolinus*, edición Gundlach, 1892, en los *Monumenta Germaniae*, en 4.º *Vita Gregorii III*, en el *Liber pontificalis*, tomo I, edición Duchesne.

OBRAS DE CONSULTA.—Hanck, *Kirchengeschichte Deutschlands*, tomo I, segunda edición, 1898. Lavis, *La conquête de la Germanie par l'Eglise romaine* («Revue des Deux Mondes», 15 de abril de 1887). Fischer, *Bonifatius Apostel der Deutschen*, 1881. Born, *Bonifatius*, 1883. Hahn, *Bonifatius und Lull*, 1883. Kurth, *Saint Boniface*, 1902. Respecto de la bibliografía de San Bonifacio, que es muy abundante, véase además Potthast, segunda edición, pág. 1217.

(2) Véase anteriormente, págs. 304 y 309.

(3) Respecto de las definiciones de los países alemanes que citaremos, véase anteriormente, págs. 290-291.

tiana fué penetrando cada vez más entre los alemanes.

Pero el principal apóstol de la Germania fué el anglosajón Wynfrith, que trocó su nombre por el de Bonifacio: hijo de un noble sajón del Wessex, nació probablemente entre 672 y 675, pasando su juventud en los monasterios de la Gran Bretaña, en donde florecía en aquella sazón la vida de ascetismo y de estudios; allí aprendió gramática y métrica y adquirió sobre todo un gran conocimiento de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, aquel monje, que tenía el alma de un apóstol, no se satisfizo con el estudio simplemente, sino que á fines de 717 partió para Roma, en donde, en 15 de mayo de 719, recibió de Gregorio II la misión de «visitar los pueblos más salvajes de la Germania.» Bonifacio atravesó Baviera y Thuringia y se fué á vivir con Willibrord para hacer junto á él el aprendizaje de su nueva vida. Tres años estuvo allí, y aunque el arzobispo deseaba conservarle á su lado con el propósito de nombrarle su sucesor, Bonifacio se marchó movido por el ansia de conquistar para la Iglesia nuevos territorios.

Comienza entonces su apostolado por el Hesse y es tal el éxito de su predicación que muy pronto piensa en dar al país una organización eclesiástica, solicitando al efecto instrucciones del papa. Gregorio II le llama á Roma y en 30 de noviembre de 722 le nombra obispo de Hesse y de Thuringia, prestando Bonifacio en esta ocasión el siguiente juramento: «Juro no consentir, por consejo de quien quiera que sea, nada contrario á la unidad de la común y universal Iglesia y sí conservar la fe y mi pureza y servir en todo á ti y á la Iglesia, á quien Dios ha dado potestad para atar y desatar. Si conozco sacerdotes que hablen contra las reglas antiguas de los santos Padres, no tendré trato alguno con ellos, antes al contrario, si puedo les impediré que sigan haciéndolo, y si no puedo informaré en seguida fielmente de su conducta á mi señor apostólico.»

Bonifacio será, pues, el legado del papado en Germania, el ejecutor de sus órdenes, el organizador de la disciplina católica. La Santa Sede tenía la tendencia de los obispos y del clero de cada país á formar iglesias nacionales que se administraran por sí mismas y deliberaran en concilios; y hasta entonces, las misiones de Germania habían sido casi siempre independientes de la corte de Roma, siendo la mayoría de ellas procedentes de Escocia y de Irlanda, esos focos de cristianismo que tenían sus usos particulares y una especie de vida aparte. El papa se propuso dirigir la evangelización y someter la nueva tierra de Germania á la disciplina romana, como en el siglo precedente habían sido á ella sometidos los reinos anglosajones. Pues bien, Bonifacio había vivido en esa Iglesia anglosajona que amaba á Roma con el amor que una hija siente por su madre y que enviaba «al umbral de los apóstoles» una multitud de peregrinos entre los cuales se contaban príncipes y reyes, y por temperamento y por educación sentíase predispuesto á ser el servidor abnegado de la Santa Sede. Su alma, como él mismo dice, está triste y llena de angustias, y él que evangeliza los pueblos con riesgo de su vida, teme constantemente equivocarse, necesita una regla y la espera del papa. Sobre las cosas más grandes como sobre las más insignificantes (en una ocasión pregunta si es lícito comer carne de caballo, de grajo y de cigüeña) quiere saber «lo que enseña y lo

que observa la Iglesia romana,» deseando vivir y morir *in servitio apostolicae sedis*, al servicio de la sede apostólica.

Mas para cumplir su doble misión de reformador y de apóstol, Bonifacio necesita, como Willibrord y como Pirmín, el apoyo de Carlos Martel, quien, comprendiendo, al parecer, que las victorias y las matanzas no bastan para hacer respetar en Germania la supremacía francesa, entrega al enviado de San Pedro una carta de salvoconducto en la cual participa á los duques, condes y demás oficiales que ha tomado su protección y su defensa. Bonifacio, por su parte, se somete «á su poder y á su patronato,» y de esta suerte el misionero depende en lo espiritual del papa y en lo temporal de Carlos, y «el esfuerzo combinado del servidor del pontificado y del príncipe de los francos salvará más de cien mil almas.»

Bonifacio visita primeramente el territorio de Hesse, que ya conoce, y en Geismar derriba una encina consagrada á Odín y con la madera de aquel árbol venerado por los paganos construye un oratorio dedicado á San Pedro. Desde allí se traslada á Thuringia, y en aquel país semi-convertido lucha contra las costumbres y las supersticiones paganas que todavía perturban la vida cristiana.

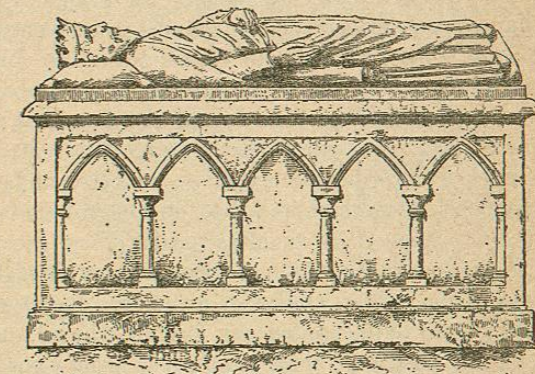
En medio de los trabajos de sus misiones, el monje anglosajón se acuerda, sin embargo, de los monasterios en donde se ha deslizado su juventud y mantiene relaciones con sus compatriotas, á quienes confía sus penas y pide oraciones. De Inglaterra proceden sus más activos colaboradores, Lull, Denehard y Burchard. También está en correspondencia con santas amigas; escribe cartas de amor místico á la abadesa Eadburga, «á la que rodea con las cadenas de oro de un amor espiritual y oprime en un divino y virginal beso de afecto,» y llama á su lado á Cunihilda, Cunitruda, Tecla y Lioba, «bella como los ángeles, encantadora en sus discursos y conocedora profunda de las Escrituras y de los sagrados cánones.» Y al mismo tiempo que funda monasterios de hombres en Amöneburgo, en Fritzlár y más tarde en Fulda, funda también conventos de mujeres en Kitzingen y en Ochsenfurth.

Gregorio III, que acaba de suceder á Gregorio II, admira los progresos de aquella misión, y en 732 con fiere á su servidor Bonifacio el palio con el título de arzobispo y el derecho de consagrar obispos; seis años después, en 738, le envía á Baviera y á Alemania y escribe á los obispos de aquellos países recomendándoles que obedezcan á su representante, que reciban sus instrucciones conforme á los usos y á las reglas de la Iglesia, y asistan á los concilios que convoque. Bonifacio llega á Baviera en el momento en que Carlos Martel acaba de instalar allí al duque Odilón, de la familia de los Agilolfingios y buen servidor de la Iglesia, y secundado por éste el emisario de San Pedro, divide el país en cuatro obispados, Pasán, Ratisbona, Salzburgo y Freising, y nombra los correspondientes obispos. Gregorio III le felicita por ello: «No ceses, carísimo hermano, de enseñarles la santa y apostólica tradición de la sede de Roma, á fin de que sus espíritus, todavía vastos, se ilustren, y de que sigan el camino de la salvación.» En Thuringia y en Hesse se crean los tres obispados de Buraburgo (ciudad que ya no existe), Wurzburg y Erfurt.

Este progreso del cristianismo y de la Iglesia romana

en las regiones germánicas atraía sobre Carlos Martel la atención del papado; Gregorio II le había escrito recomendándole al misionero á quien encargaba «que propagara la predicación entre los pueblos de Germania situados en la orilla derecha del Rin y dominados todavía por el error del paganismo ó por la obscuridad de la ignorancia.» Así comenzaron las relaciones entre el príncipe de los francos y la Santa Sede; muy pronto, empero, solicitó Gregorio III de Carlos Martel ayuda de otra índole.

Desde hacía un siglo aproximadamente, los lombardos llevaban á cabo la conquista de Italia, extendiendo poco á poco su dominación desde los Alpes hasta el Sur de la península. En 739, el rey Liutprando, después de haber tomado y arrasado varias fortalezas, acampaba



Sepulcro de Carlos Martel

cerca de Roma, en el Campo de Nerón; el castillo de Gallese estaba amenazado, y si caía en poder de los invasores, los romanos, una vez cortadas sus comunicaciones con Rávena, no podían esperar socorro alguno de Oriente. En vista de ello, el papa, recordando que durante las guerras contra los godos los francos habían apoyado á las tropas imperiales, envió á Carlos al obispo Anastasio y al presbítero Sergio, en demanda de que «libertara á los romanos de la opresión lombarda» y al mismo tiempo para entregarle «las llaves de la confesión de San Pedro,» las cuales llaves eran una especie de condecoración que los sumos pontífices enviaban á los personajes ilustres en testimonio de amistad y á la cual se atribuían virtudes milagrosas.

Pero los francos acababan de expulsar á los sarracenos de Provenza con ayuda de los lombardos, y por otra parte el rey de éstos, Liutprando, había recibido grandes agravios de los romanos cuando éstos ayudaron á los duques de Espoleto y de Benavento que contra él se habían rebelado. Por consiguiente, Carlos no podía, sin incurrir en ingratitud, declararse enemigo de sus aliados antiguos; así es que se limitó á dispensar excelente acogida á la embajada pontificia, colmándola de regalos y haciéndola escoltar á su regreso á Italia por dos francos, Grimmón, abad de Corbie, y Sigeberto, monje de Saint-Denis. Al otro año, Gregorio III reiteró sus súplicas al «virrey de los francos,» «conjurándole por Dios vivo y verdadero á que no estimase en más la amistad del rey de los lombardos que el amor del príncipe de los apóstoles;» pero Carlos permaneció sordo á este nuevo llamamiento, y poco tiempo después murieron el rey y el papa.